

## EL ESPÍRITU RABIDEÑO

OCTAVIO GIL MUNILLA\*

Al contemplar desde el hoy la historia de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida, con la ajustada perspectiva que da la relativa lejanía, una de las realidades que más llama la atención de quienes conocimos su transcurrir entre 1943 y 1974 quizás sea el prudente y decidido ritmo de su evolución, como si hubiera tenido por lema —que no lo tuvo— el hermoso *festina lente* tan caro a don Vicente por otras razones. Cabe explicarse la humildad del nacimiento de aquellos cursos universitarios por pura coherencia con su emplazamiento en el ámbito del sencillo cenobio franciscano y cabe relacionar su espléndido crecimiento por afinidad con la impresionante transformación que experimentaron Huelva y su entorno al implantarse allí el Polo de Desarrollo Industrial. Creo que ambas circunstancias influyeron mucho para que la Universidad de La Rábida fuera como fue; pero, por encima de ellas, desde un principio, latió un estilo de vida basado en el amor a las cosas pequeñas que, como los frutos de la naturaleza, debían crecer poco a poco, sin pausas pero sin prisas, hasta llegar a su plena sazón, ese estilo que don Vicente impuso en todas sus creaciones.

De todos modos, son patentes las diferencias, notables diferencias, entre unas y otras épocas de la Universidad rabideña. Cada vez que me encuentro con alguien que asistió a uno de sus cursos y me da su visión acerca de él, contándome su experiencia, tengo que esforzarme por enca-

---

\* Vicerrector de la Universidad Hispanoamericana (1949-1973). Catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Sevilla.- Octavio Gil Munilla, que había participado activa e ilusionadamente en la preparación de este libro, falleció, de repente, en octubre del 93. Este escrito de Introducción formaba parte de un extenso trabajo sobre La Rábida que dejó inconcluso y que se proyecta publicar, si fuere posible, como homenaje póstumo (N. del E.).

jar dicho curso en una concreta y especial etapa: ¿es la Rábida de los alumnos que pernoctaban en Huelva?, ¿la de la Residencia como dormitorio y la Hostería como comedor?, ¿la todavía muy aislada, a expensas de la canoa de Bocanegra y algún raro servicio de taxi de Moguer?, ¿la de una creciente vinculación material a Huelva?, ¿la de las dificultades con el ministerio de Educación? ¿o alguna, en fin, de las varias posteriores? Siempre me ocurre lo mismo y en todas las ocasiones me confirmo en la certeza de lo difícil que resulta reflejar la realidad de La Rábida sin hacer ciertas e imprescindibles precisiones.

Y, sin embargo, es curioso que, pese a tales diferencias, cuantos recuerdan cualquier curso, sean unas u otras las épocas a que correspondan, coinciden generalmente en algo que permanece a través del tiempo, algo que, sin ser todo, es lo fundamental: el espíritu impreso por don Vicente. La importancia de Rodríguez Casado no radica tanto en el acierto de haber fundado esta institución y en el tino de haberla aposentado a la sombra de la Cuna del Descubrimiento como en haberle imbuido de unas características constitutivas que respondían plenamente a lo mejor de su propia y arrolladora personalidad. Por supuesto, don Vicente no es la Universidad de La Rábida, pero sin él, ésta nunca hubiera sido como llegó a ser.

#### *Espíritu de libertad*

Don Vicente, profunda y totalmente comprometido con su vocación, vivía pendiente de cumplir con su trabajo profesional, preocupado por sus compañeros y sus discípulos, y con sus deberes ordinarios de cristiano; lo hacía con plena dedicación y deseando hacer bien lo que debía hacer cada día. No he conocido a nadie que, como él, fuera tan capaz de centrarse en lo que en cada momento tenía entre sus manos, desentendiéndose de lo demás, por muy importante que fuera, y tan capaz al mismo tiempo de dejarlo de lado una vez que había terminado de hacerlo.

Con una gran dosis de intuición, hábil discutidor y no en poco grado sofista, estaba muy capacitado para asumir lo mejor de cuanto oía o leía y lo hacía suyo con absoluta inconsciencia y naturalidad. Afectuoso con todos cuando quería, que era casi siempre, y de manera particular con los jóvenes, su ascendencia sobre estos últimos era extraordinaria... y él lo sabía.

En don Vicente y en su Universidad de La Rábida, los alumnos se

encontraban con un sistema de trabajo compatible con las lógicas actividades lúdicas, matizadas muchas de ellas por un claro tinte cultural; conocían un hasta entonces inusitado trato con los profesores, adobado con fructíferos diálogos; percibían unos sinceros sentimientos de respeto, comprensión, lealtad y amistad en quienes tenían la responsabilidad de los cursos y especialmente en don Vicente; y hallaban el reconocimiento de su libertad nunca condicionado por su ideología. ¿Puede extrañar que para la mayoría de los asistentes aquellos cursos supusieran algo sorprendente y para muchos, incluso, una ocasión decisiva en sus vidas?

Desde luego, sería ridículo pretender que el ambiente rabideño satisfizo a todos: los prejuicios hacia don Vicente y hacia el Opus Dei, al que se atribuía cuanto allí se hacía, proliferaban en buena parte de quienes acudían a los cursos; muchos, al vivir la realidad, daban de lado a sus preconcebidas ideas, llegando o no a identificarse con don Vicente, pero aceptando aquella experiencia como muy provechosa; otros, los menos, como era previsible aunque poco razonable, acentuaban sus recelos. De hecho, don Vicente —y su actuación— no dejaba indiferente a nadie: o conquistaba profundos amigos o se granjeaba enemigos radicales; al margen de esta rotunda polarización quedaban sólo algunos, muy pocos, que —expertos en disimulo a pesar de su juventud— fingían un afecto que no sentían u ocultaban la enemistad que les dominaba.

#### *Espíritu de diversidad*

Lo cierto es que en La Rábida convivíamos gentes de muy diversa ideología. Por supuesto, diversas —si bien aún poco consolidadas— eran las imperantes entre los alumnos; lo eran también, en mucho mayor grado —y arraigadas además con absoluta fuerza— las que regían dentro del profesorado; y lo eran, por último, las existentes en el más reducido círculo de los colaboradores inmediatos de don Vicente. De esto último presumía —y con sobrada razón— «el Sátrapa», rodeado en muchos años de personas tan dispares como Martín Moreno, Carlos Corona o yo, ante los que aparatosamente aún se jactaba más de su lejana relación familiar con Azaña (el «tío Manolo») que con la filial respecto al general Rodríguez. Claro es que esta última la conocíamos todos —era entrañable y patente en las visitas que sus padres hicieron a Sevilla, y sólo superada por la ilimitada admiración que profesaba a Doña Amparo, su madre— y, por sabida, no necesitaba ser pregonada.

Por lo demás, yo que también le había visto jactarse de sus contactos con la Asociación Estudiantil Tradicionalista —que sin ser falsos estaban ligeramente desorbitados— daba a sus palabras su justo valor, el de buscar un medio más de que todos se sintieran próximos a él. Aun así, en su afán por manifestar su indudable amplitud de criterios, llegaba a veces a simplificaciones no poco chuscas. Recuerdo una ocasión, cuando estábamos intentando editar una revistilla titulada *Cuadernos del Sur*, en la que, estimulándonos a abrirnos a todas las opiniones, nos dijo: «porque aquí, lo que puede ser la redacción, estamos representados todos los españoles, desde la extrema izquierda (y señalaba a Ramón Cercós) hasta la extrema derecha (indicándome a mí)». Mientras todos los presentes reían, me salió del alma decirle: «¡A una España con esos extremos me apunto ya!». Tenía razón en lo que quería decir, pero el sofista que había en él exageraba la nota y reducía la realidad a su entorno.

Con todo, era indudable esa diversidad, que permitía, entre otras cosas, que ningún alumno se sintiera discriminado y todos tuvieran algún miembro de la Comisión de Gobierno a quien recurrir y confiarse, aunque, sin duda, no fuera lo mismo contar con el amparo de don Vicente que con el de sus segundones; aun así, tal desventaja quedaba muy amonorada por el hecho de que «el Sátrapa» se encontraba de vuelta ante estos propósitos de sus colaboradores, los veía con buenos ojos —en cuanto le permitían no sentir la menor inquietud de conciencia por lo que pudiera ser una condenable acepción institucional de personas— y teniendo a pensar, incluso, que estaban fomentados con habilidad por él. Así, podía tratar más directamente con quien le placía y más por persona interpuesta con quien disfrutaba menos de su atención.

Con estos últimos nos volcábamos —sin ser los únicos si éramos quienes por más años nos dedicamos a esta empresa— Martín Moreno y yo —tan distintos al enfrentarnos a muchos temas, algunos importantes, y tan sincronizados en otros muchos, de manera concreta a la hora de apoyar a quienes considerábamos menos encajados en los cursos—: les concedíamos pequeños favores; hacíamos la vista gorda cuando no se presentaban a la hora señalada para el retorno de las excursiones de fin de semana o de los días festivos y hasta, en alguna ocasión, aparentábamos creer que, sin culpa por su parte, habían perdido el autobús de regreso; les dábamos permisos especiales y no era raro que organizáramos con ellos algún paseo improvisado a Palos o Moguer.

No es preciso esforzarse demasiado para comprender que don Vicente estaba al cabo de la calle de cuanto hacíamos y que lo autorizaba todo,

al menos con tácito consenso. En este ambiente de diversidad, imbuido —eso sí— de la personalidad y el estilo «vicentino», fue elaborándose el que José Manuel Cuenca —que, si es que no lo inventó, desde luego se encargó de difundirlo— designaría como el «espíritu rabideño».

### *Espíritu de alegría*

Es muy probable que, hoy por hoy, caso de intentarlo, no coincidiéramos todos a la hora de definir lo que tal «espíritu» sea; pero —otra vez— con definiciones muy dispares, siempre hallaríamos unas constantes fundamentales en las que la mayoría de quienes lo intentáramos podríamos coincidir, unas constantes basadas en eso que todos aceptamos cuando contamos cada uno la experiencia de «nuestra» Universidad de La Rábida. Lo significativo es que este «espíritu» —lo esencial de él, sería preferible decir— trasciende de los cursos de universitarios: se fraguó antes, en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y, casi a la vez, en la Residencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Sevilla; acabaría por difundirse, ya posteriormente, en la Asociación de La Rábida, y en los Ateneos Populares; y dejó además su impronta en la fundación de otras dos instituciones educativas del entorno de la Universidad Hispanoamericana, el Instituto Politécnico y el Colegio Universitario. De la Escuela y la Residencia —que merecen un detenido estudio— no es éste el momento de tratar; de la Asociación y de los Ateneos, que conozco muy por encima, no estoy en condiciones de hacerlo; y el Politécnico y el Colegio necesitan algo más que una alusión para ser suficientemente explicados. Pero todavía quedan otros importantes campos en los que ese «espíritu» se manifestó.

Lo hizo, por ejemplo —y desde luego con muchas características privadas—, en los Cursos femeninos, tanto de universitarias como de maestras, y, asimismo, en los de maestros. En teoría —y también en la práctica durante los primeros cursos que se celebraron de este tipo—, don Vicente, que por supuesto les había dado su previo visto bueno, se mantenía personalmente al margen tanto de su preparación como de su desarrollo, aunque los siguiera a distancia. De cualquier forma, tales actividades respondieron a lo que Martín Moreno, Jorge Bernalles (a los que quiero nombrar muy concretamente porque ya no pueden contar por sí mismos lo mucho que de La Rábida sabían) y yo habíamos aprendido a hacer de don Vicente: unos cursos parecidos a los suyos..., pero sin que él estuvie-

ra allí. Se notaba su falta y me parece que, por su parte, tampoco aceptaba como normal no intervenir en unas actividades rabideñas que, aun sin responder inicialmente a sus preocupaciones, veía cada vez más como una empresa útil y valiosa.

Así, lo que comenzó a hacerse contando con su total ausencia, pronto se acostumbró a contemplar a un don Vicente que aparecía en los últimos días de algunos cursos, primero los de maestros y, después, los femeninos de universitarias y de magisterio. Al pasar los años ya no estaba presente sólo unos días, sino gran parte de su duración y, en algún caso, el curso entero; y, sobre todo, no se limitaba a estar allí, sino que, como no podía menos de ser en él, intervenía en su desarrollo, participaba en las tertulias y aprovechaba cuantas oportunidades se le ofrecían —y si no se le ofrecían las buscaba— para estimular en los alumnos o alumnas el impulso travieso, revoltoso y enredador, estímulo que, ante mi sorpresa, no sólo era bien acogido por los más jóvenes, fueran las universitarias o parte de las maestras y maestros, sino que lo era también por algunos miembros del magisterio, con muchos trienios de servicios en su dignísima y meritoria profesión, que parecían felices de quitarse años de encima. A mí, ni cuando tenía pocos, me iba esto; pero no me atrevo a negar que también era parte del «espíritu rabideño». Don Vicente así lo creía.

#### *Espíritu de solidaridad*

Hay otro campo, muy importante y no poco dejado de lado, en el que se plasma asimismo, en cierta manera, ese mismo espíritu. Me refiero a las poblaciones de Palos de la Frontera y Moguer, en las que la acción de la Universidad de La Rábida repercutió siempre muy directa y continuamente y la presencia de don Vicente, siempre notable, se fue incrementando con el paso del tiempo, hasta llegar a su momento culminante a partir de la creación, en 1968, del Patronato de los «Lugares Colombinos» y del Parque Histórico-artístico de La Rábida, del que formaba parte como vocal y como Director-Conservador del Parque. Al ser de su competencia los problemas de edificación en gran parte de la zona, su importancia administrativa creció en toda ella, si bien a la par provocaría la enemistad más o menos declarada de aquellos que sintieron afectados sus intereses. En todo caso, su vinculación a Palos y Moguer aumentó necesariamente.

Son muchos los que recuerdan aquellas larguísimas reuniones con

palermos, en las que las partidas de dominó iban acompañadas de sabrosos comentarios y oportunas consideraciones, con las que Rodríguez Casado buscaba manifestar su identificación con sus contertulios en todo aquello que los preocupaba cotidianamente; no pocos tendrán aún en su retina la sorprendente imagen de un don Vicente, que nunca había tenido el menor interés por el fútbol y cuyo desconocimiento de sus reglas rayaba hasta entonces casi en lo absoluto —lo que no le había impedido actuar como árbitro en algunos partidillos disputados por los universitarios, aunque aplicara unos criterios que tenían mucho más de arbitrarios que de arbitrales—, sentado con frecuencia en su localidad del campo del Moguer; y todavía más abundarán los que le ven —como aparecía en sus últimos años, en tiempos ya del Colegio Universitario— alentando y viviendo a fondo las actividades de la Hermandad de los Estudiantes en la Semana Santa de Huelva o la Romería del Rocío en Almonte, a la que acudía estuviera donde estuviese.

No me cabe la menor duda de que el conjunto de estas actuaciones respondía al mismo espíritu que regía su conducta con los alumnos de la Universidad de La Rábida: el esfuerzo por agradar a todos en todo, de hacerse todo para todos.

#### *Espíritu de generosidad*

En ello estuvo su grandeza. Una grandeza de la que no estaba ignorante. Una grandeza que se advertía soterrada cuando se desentendía olímpicamente del «que dirán» los demás y cuando se burlaba de las baladíes cuestiones de protocolo, comentando medio en broma medio en serio: «donde estoy yo, está la presidencia». Una grandeza que aceptaba con naturalidad y con humor, reduciéndola a sus justos límites, como lo hizo cuando, tras numerosos elogios, el entonces Gobernador de Sevilla, Utrera Molina, dijo de él que era «un alma de violeta en cuerpo de roble», y como lo haría ahora si leyera, por encima de mi hombro, lo que escribo, añadiendo su acostumbrada frase: «¡Qué bobada!». Una grandeza acompañada a veces por evidentes defectos y fallos —que los tuvo como humano—, aunque pesan demasiado poco a la hora de aquilatar el balance de su labor.

Fue mucho más generoso con cuanto y con quienes estaban a su alrededor que éstos con él. Aparte del solemne homenaje institucional de la Universidad de Piura, por aquí, salvo la ciudad de Palos de la Frontera,

que ya le había nombrado en vida su hijo adoptivo, la Asociación de La Rábida, con los testimonios escritos en su honor, y el brevísimo aunque emotivo recuerdo que se le brindó en la Escuela de Estudios Hispano-americanos, ¡qué poco agradecimiento ha merecido de cuantas instituciones y colectividades tanto le deben! Por fortuna, nada de cuanto realizó lo llevó a cabo esperando ninguna gratitud, sino porque era una obligación que le incumbía.

Muy importante fue lo que nos enseñó; pero lo sería mucho más si cuantos tanto aprendimos a su lado fuéramos capaces de seguir su ejemplo y mantener vivo lo mejor del espíritu que luchó por infundirnos y que se cimentaba, como nos lo recordó emocionadamente en el homenaje que se le rindió en Madrid, sobre la esperanza.